

El conde de Fénix

Durante largo rato un profundo silencio dejó á las dos mujeres, la una en sus dolorosas meditaciones, y la otra en su asombro fácil de comprender.

En fin, madama Luisa fué la primera que rompió el silencio.

— ¿Y no habéis hecho nada para facilitar ese rapto? preguntó.

— Nada, señora.

— ¿É ignoráis como habéis salido del convento?

— Lo ignoro.

— Sin embargo, un convento está muy cerrado, muy guardado, hay rejas en las ventanas, murallas casi insalvables, y una tornera que nunca deja sus llaves. Así sucede especialmente en Italia, en donde las reglas son aun más severas que en Francia.

— ¿Qué he de deciros, señora, cuando desde aquel momento yo misma me abismo en mis recuerdos sin poder darne razón de nada?

— ¿Pero le habéis vituperado vuestro rapto?

— Sin duda.

— ¿Y qué os respondió para disculparse?

— Que me amaba.

— ¿Y vos qué le dijisteis?

— Que me causaba miedo.

— ¿Luego no le amabais?

— ¡Oh! no, no!

— ¿Estabais bien segura de ello?

— ¡Ay! señora, lo que yo experimentaba hacia aquel hombre era un sentimiento extraño. Sí, él está allí, yo ya no soy yo, soy él; lo que él quiere, yo lo quiero; lo que él ordena, yo lo hago; mi alma no tiene ya poder; mi espíritu no tiene voluntad; una mirada suya me domina y fascina. Tan luego me parece llevar hasta el fondo de mi corazón pensamientos que no son los míos, tan luego parece sonsacarme ideas tan ocultas hasta entonces á mí misma, que yo no las había adivinado. ¡Oh! bien veis, señora, que en todo eso hay magia.

— Cuando menos es extraño, si no es sobrenatural, dijo la princesa. Pero después de ese rapto, ¿cómo viviais con ese hombre?

— Me manifestaba una viva ternura, un afecto sincero.

— ¿Tal vez era un hombre corrompido?

— No lo creo; al contrario, hay en su manera de hablar algo de apóstol.

— Vamos, confesad que le amabais.

— No, no, señora, respondió la joven con doloroso acento; no, yo no le amo.

— Entonces habríais debido huir, habríais debido acudir á las autoridades, reclamar á vuestros padres.

— Señora, me vigilaba de tal modo que no me era posible huir.

— ¿Porqué no escribíais?

— En todo el viaje hacíamos alto en casas que parecían pertenecerle, y en que todos le obedecían. Muchas veces he pedido papel, tinta y plumas, pero sin duda aquellos á quienes me dirigia tenían instrucciones de él, pues nunca me respondían.

— Pero ¿cómo viajabais?

— Primero en silla de posta; pero en Milán no hallamos ya una silla de posta, sino una especie de casa ambulante en que continuamos nuestro camino.

— Pero al cabo tendría que dejaros algunas veces sola.

— Sí, pero entonces se acercaba á mi y me decía: Dormid; y yo dormía sin despertarme hasta su vuelta.

Madama Luisa meneó la cabeza con aire de incredulidad.

— No deseabais enérgicamente huir, porque sino lo hubierais logrado.

— ¡Ay! me parece sin embargo que sí, señora... ¡Pero también es posible que estuviese fascinada!

— ¿Por sus palabras de amor, por sus caricias?

— Rara vez me hablaba de amor, señora; y, á no ser un beso en la frente por la mañana y otro por la noche, no recuerdo que me haya hecho otros caricias.

— ¡Extraño, muy extraño en verdad! murmuró la princesa.

Sin embargo, dominada por la sospecha, replicó:

— Vamos, repetidme que no le amái

— Os lo repito, señora.

— Repetidme que ningún vínculo terrestre os une á él.

— Os lo repito.

— Que si os reclama, no tendrá ningún derecho que alegar.

— ¡Ninguno!

— Pero, en fin, continuó la princesa, ¿cómo habéis venido aquí? Veamos, porque no atino.

— Señora, me aproveché de una violenta tempestad que nos sorprendió algo más allá de una ciudad que llaman Nancy, á lo que creo. Se había él separado de mi lado, y había entrado en el segundo cuerpo de su

carruaje para hablar con un anciano que lo habitaba, monté en su caballo y me escapé.

— ¿Y qué os hizo preferir la Francia en lugar de volveros á Italia?

— Reflexioné que no podía volver á Roma, pues indudablemente debían creer que yo había obrado de acuerdo con él. Estaba deshonrada allí, y mis padres no me habrían recibido. Por lo mismo, me decidí á huir á París, y vivir allí oculta, ó bien pasar á otra capital en donde pudiese evitar todas las miradas, y con especialidad, las suyas.

Cuando llegué á París, toda la ciudad estaba conmovida por vuestra retirada á las Carmelitas, señora; todos encomiaban vuestra piedad, vuestra solicitud por los desgraciados, vuestra compasión hacia los afligidos. Ese fué un rayo de luz, señora; se apoderó de mí la convicción de que sólo vos erais bastante generosa para acogerme, bastante poderosa para defenderme.

— Hija mía, apeláis siempre á mi poder, ¿sin duda él debe ser muy poderoso?

— ¡Oh! sí.

— Pero, ¿quién es? veamos. Hasta ahora no os lo he querido preguntar por delicadeza; supuesto que yo debo defenderos, preciso es que sepa contra quién.

— ¡Oh! señora, he ahí otro punto sobre el que me es imposible ilustraros. Ignoro completamente quién es él: lo único que sé es que un rey no inspira más respeto, ni un Dios más adoraciones que las que le tributan las personas á quienes se digna revelarse.

— Pero su nombre, ¿cómo se llama?

— Señora, he oído llamarle por muchos nombres diferentes, aunque sólo he conservado dos en la memoria. El uno es el que le da el anciano de quien os he hablado, y el otro es el que nuestro compañero de viaje

desde Milán hasta el momento en que le dejé; el otro es el que se da él mismo.

— ¿Cuál es el nombre que le daba el anciano?

— Acharat... ¿no es un nombre antieristiano? decid, señora.

— ¿Y cuál es el que se daba él?

— José Bálsamo.

— ¿Y él?.....

— ¡Él!... conoce á todo el mundo, adivina todos los nombres; es contemporáneo de todos los tiempos; vivió en todas las edades; habla... ¡Oh, Dios mío, perdonadle semejantes blasfemias! habla de Alejandro, de César, de Carlomagno, como si los hubiese conocido, y sin embargo creo que todos esos hombres han muerto hace muchísimo tiempo; y aun habla de Caifás, de Pilatos, en fin, de Nuestro Señor Jesucristo, como si hubiese presenciado su martirio.

— Entonces es un charlatán, dijo la princesa.

— Señora, tal vez no conozco bastante bien lo que significa en Francia la palabra que acabáis de pronunciar; pero lo que sé es que es un hombre peligroso, terrible, ante el que todo se dobla, todo cae y se desmorona; se le cree indefenso, y se le halla armado; se le cree solo, y hace salir hombres de debajo de tierra; y eso sin fuerza, sin violencia, con una palabra, un ademán... sonriendo.

— Está bien, dijo la princesa, cualquiera que sea ese hombre, tranquilizaos, hija mía, seréis protegida contra él.

— Por vos, señora, ¿no es verdad?

— Sí, por mí, y mientras que vos misma no renunciéis á esta protección. Pero no creáis más, y sobre todo no tratéis de hacerme creer en las visiones sobrenaturales, hijas de vuestra imaginación enferma. En todo caso, las murallas de San Dionisio os servirán de

un baluarte seguro contra el poder infernal, y aun, creedme, contra un poder mucho más temible aun, contra el poder humano. Ahora, señora, ¿qué pensáis hacer?

— Con estas alhajas que son mías, señora, pienso pagar mi dote en un convento, y, si es posible, en este.

Y Lorenza puso sobre la mesa unos preciosos brazaletes, sortijas de mucho valor, un diamante magnífico y unos soberbios pendientes; todo lo cual podía valer veinte mil escudos.

— ¿Son vuestras estas alhajas? preguntó la princesa.

— Son mías, señora; me las ha dado él, y yo las vuelvo á Dios. Solo deseo una cosa.

— ¿Cuál es? decid.

— Que su caballo árabe Djerid, que fué el instrumento de mi libertad, se le devuelva si él lo reclama.

— Pero vos por nada de este mundo querriais volver con él, ¿no es verdad?

— Yo no le pertenezco.

— Es verdad, vos lo habéis dicho. Así, ¿seguís en el deseo de entrar en el convento de San Dionisio, y de continuar en él las prácticas de religión interrumpidas en Subiaco por el extraño acontecimiento que me habéis referido?

— Son mis deseos más ardientes, señora, y os pido este favor de rodillas.

— Pues bien; tranquilizaos, hija mía, dijo la princesa: desde hoy viviréis con nosotras, y cuando nos hayáis demostrado lo mucho que ambicionáis este favor; cuando con vuestra conducta ejemplar, que yo me prometo, lo hayáis merecido, ese día perteneceréis al Señor, y yo os respondo que nadie os arrancará de San Dionisio, cuando la superiora vele por vos.

Lorenza se arrojó á los pies de su protectora prodi-

gándole las expresiones de gratitud más tiernas y sinceras.

— ¡ Oh, Dios mío ! exclamó, ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ? preguntó madama Luisa.

— Todo mi cuerpo tiembla, ¿ no lo veis ? ¡ El viene, él viene !

— ¿ Quién viene ?

— ¡ Él ! él, que ha jurado perderme !

— ¿ Ese hombre ?

— Sí, ese hombre. ¿ No veis como tiemblan mis manos ?

— En efecto.

— ¡ Oh ! exclamó. ¡ El latido del corazón ! ¡ Se aproxima, se aproxima !

— Os engañáis.

— ¡ No, no, señora ! ¡ Mirad ! á pesar mío, me atrae á sí : retenedme !

Madama Luisa la cogió por el brazo.

— Tranquilizaos, pobre criatura, le dijo. Aunque fuese él, ¡ Dios mío ! aquí estáis segura.

— ¡ Se acerca ! se acerca, os digo ! exclamó Lorenza aterrada, anonadada, con los ojos fijos, los brazos tendidos hacia la puerta del cuarto.

— ¡ Locura ! ¡ locura ! dijo la princesa. ¡ Acaso se entra así en el aposento de madama Luisa de Francia !... Sería necesario que ese hombre fuese portador de una orden del rey.

— ¡ Oh, señora, yo no sé cómo ha entrado ! exclamó Lorenza cayendo hacia atrás, ¡ pero lo que sé, y de lo que estoy segura, es que sube la escalera... es que está diez pasos de aquí apenas... es que ahí le tenéis !

De súbito abrióse la puerta ; la princesa retrocedió asustada, á pesar suyo, de aquella extraña coincidencia.

Una monja se presentó.

— ¿ Quién está ahí ? preguntó madama, ¿ y qué es lo que queréis ?

— Señora, respondió la monja, acaba de presentarse en el convento un caballero que quiere hablar á V. A. R.

— ¿ Su nombre ?

— El conde de Fénix.

— ¿ Es él ? preguntó la princesa á Lorenza, ¿ y conocéis ese nombre ?

— No conozco ese nombre, pero es él, señora, es él.

— ¿ Qué es lo que quiere ? preguntó la princesa á la monja.

— Encargado de una misión cerca del rey de Francia por S. M. el rey de Prusia, querría, ha dicho, tener el honor de hablar un momento con V. A. R.

Madama Luisa reflexionó un instante, luego, volviéndose hacia Lorenza :

— Entrad en ese gabinete, dijo.

Lorenza obedeció.

— Y vos, hermana, continuó la princesa, decid á ese caballero que entre.

La monja inclinó la cabeza, y salió.

La princesa se aseguró de que la puerta del gabinete estaba bien cerrada, y volvió á su sillón, en que se sentó, aguardando, no sin cierta emoción, el acontecimiento que iba á tener lugar.

Casi en el mismo momento volvió á presentarse la monja. Detrás de ella venía ese hombre que hemos visto en el día de la presentación anunciarse en el Palacio Real con el nombre de conde de Fénix. Estaba vestido con el mismo traje, que era un uniforme prusiano, de un corte severo ; llevaba la peluca militar y el corbatín negro, y sus grandes ojos tan expresivos se bajaron en presencia de madama Luisa, pero sólo para dar al respeto todo lo que un hombre, por alto

que sea su rango como caballero, debe á una princesa de Francia.

Pero levantándolos al punto como si hubiera temido haber mostrado demasiada humildad:

— Señora, dijo, doy gracias á V. A. R. por el favor que acaba de dispensarme, á pesar de que lo esperaba, conociendo que V. A. acoge generosamente á todo desgraciado.

— En efecto, caballero, dijo la princesa con dignidad, pues esperaba desbaratar con solos diez minutos de conversaci6n al que con tanta impudencia iba á reclamar la protecci6n de otro después de haber abusado de sus propias fuerzas.

El conde se inclinó sin parecer que habia comprendido el doble sentido de las palabras de la princesa.

— ¿Qué es, pues, caballero, lo que puedo hacer en vuestro servicio? continuó madama Luisa con el mismo tono irónico.

— Todo, señora.

— Hablad.

— V. A., á quien sin graves motivos no habria venido yo á importunar en el retiro que se ha escogido, ha dado asilo, á lo menos según creo, á una persona que me interesa de todos modos.

— ¿Y cómo llamáis á esa persona, caballero?

— Lorenza Feliciani.

— ¿Y qué tenéis con esa persona? ¿Es vuestra mujer, vuestra parienta ó vuestra hermana?

— Es mi mujer.

— ¿Vuestra mujer? preguntó la princesa levantando la voz á fin de que la oyesen desde el gabinete. ¿Lorenza Feliciani es la condesa de Fénix?

— Lorenza Feliciani es la condesa de Fénix; si, señora, respondió el conde con la mayor calma.

— Caballero, yo no tengo ninguna condesa de Fénix

en las Carmelitas, replicó secamente la princesa.

Pero el conde no se dió por vencido y continuó:

— Tal vez, señora, no está V. A. bien persuadida aún de que Lorenza Feliciani y la condesa de Fénix son una sola y misma persona.

— No, lo confieso, dijo la princesa, y lo habéis adivinado, caballero; mi convicci6n sobre ese punto no es completa.

— ¿Quiere V. A. ordenar que se presente aquí Lorenza Feliciani, para que no le quede la menor duda? Pido perd6n á V. A. de insistir así, pues profesó un afecto tierno á esa joven, y aun creo que ella misma siente estar separada de mí.

— ¿Lo creéis así?

— Sí, señora; lo creo, á pesar de mi ningún mérito.

— ¡Oh! pensó la princesa, Lorenza decia verdad; este hombre es efectivamente muy peligroso.

El conde conservaba un continente sosegado, y no salía de la más rigurosa urbanidad de corte.

— Tratemos de mentir, siguió diciendo para sí madama Luisa.

— Caballero, le dijo, no puedo entregaros una mujer que no está aquí. Comprendo que la busquéis con tanto ahinco si la amáis verdaderamente como decís; pero si queréis tener alguna probabilidad de hallarla, creedme, buscadla en otra parte.

El conde habia dirigido, al entrar, una rápida mirada á todos los objetos que encerraba el aposento de madama Luisa, y su vista se habia detenido, aunque un solo instante, sobre una mesa colocada en un ángulo, que era en la que Lorenza habia puesto sus alhajas, que habia ofrecido para entrar en las Carmelitas. A los rayos de luz que despedían en la sombra, las habia reconocido el conde de Fénix.

— Si V. A. R. tuviese á bien refrescar su memoria,

insistió el conde, y es una violencia que le suplico se digne hacerse, se acordará que Lorenza Feliciani se hallaba en este momento en este aposento, que ha colocado en aquella mesa las alhajas que allí se ven, y que después de haber tenido el honor de conferenciar con V. A., se ha retirado.

El conde de Fénix cogió al vuelo la mirada que echaba la princesa del lado del gabinete.

— Se ha retirado á ese gabinete, añadió.

La princesa se ruborizó, y el conde continuó:

— De suerte que sólo aguardo el beneplácito de V. A. para mandarla que entre, como no dudo lo hará al instante.

La princesa recordó que Lorenza estaba cerrada por dentro, y que por consiguiente nada podía forzarla á salir, á no ser el impulso de su propia voluntad.

— Pero, dijo, no tratando ya de disimular el despecho que sentía por haber mentido inútilmente delante de aquel hombre á quien nada podía ocultarse, si entra, ¿qué hará?

— Nada, señora; solamente dirá á V. A. que, como es mi mujer, desea seguirme.

Estas palabras tranquilizaron á la princesa, porque tenía presentes las protestas de Lorenza.

— ¡Vuestra mujer! repitió. ¿Estáis bien seguro de ello?

Y se percibía su indignación á través de estas palabras.

— Se diría, en verdad, que V. A. no me cree, respondió cortesmente el conde. Sin embargo, no es una cosa increíble que el conde de Fénix se haya casado con Lorenza Feliciani, y que, habiéndose casado, reclame á su mujer.

— ¡Su mujer aun! exclamó madama Luisa con

impaciencia. ¿Osáis decir que Lorenza Feliciani es vuestra mujer?

— Sí, señora, respondió el conde con gran naturalidad; oso decirlo, porque es así.

— ¡Casado! ¿estáis casado?

— Estoy casado.

— ¿Con Lorenza?

— Con Lorenza.

— ¿Legítimamente?

— Sin duda, y si insistís, señora, en una negativa que me ofende...

— Y bien; ¿qué haréis?

— Os presentaré mi partida de matrimonio en regla, y firmada por el sacerdote que nos ha unido.

La princesa se estremeció, pues tanta serenidad desbarataba sus convicciones.

El conde abrió una cartera, y desdobló un papel plegado en cuatro partes.

— Ahí tenéis la prueba de la verdad de lo que digo, señora, y del derecho que me asiste para reclamar esa mujer; la firma hace fe... ¿Quiere V. A. leer el certificado y examinar la firma?

— ¡Una firma! murmuró la princesa con una duda más humillante que lo había sido su enojo; pero si esta firma...

— Esta firma es la del cura de San Juan de Estrasburgo, bien conocida del señor príncipe Luis, cardenal de Rohán, y si se hallase aquí Su Eminencia...

— ¡Precisamente se halla aquí el señor cardenal! exclamó la princesa fijando sobre el conde sus ardientes miradas. Su Eminencia no se ha ido de San Dionisio, y está en este momento con los canónigos de la catedral; así, nada más fácil que esa verificación que me proponéis.

— Es una grande dicha para mí, señora, respondió

el conde volviendo á meter flemáticamente su certificado en la cartera, porque espero que con esa verificación se disiparán todas las injustas sospechas que V. A. ha concebido contra mí.

— ¡Tanta impudencia me indigna ya! dijo la princesa agitando vivamente su campanilla. ¡Hermana! ¡hermana!

La monja que había introducido al conde de Fénix se presentó.

— Que digan á mi picador que monte á caballo, dijo la princesa, y que vaya á llevar este billete al señor cardenal de Rohán, quien debe hallarse en el cabildo de la catedral, para que venga aquí sin dilación, pues le estoy esperando.

Y sin dejar de hablar, la princesa escribía apresuradamente algunas líneas que entregó á la monja.

Luego añadió en voz baja:

— ¡Qué coloquen en el pasadizo dos archeros de la Santa Hermandad, y que nadie salga sin mi permiso! ¡Id pronto!

El conde había seguido las diferentes fases de la resolución que acababa de tomar madama Luisa de luchar con él hasta el fin, y mientras que la princesa escribía, decidido sin duda á disputarle la victoria, se había aproximado al gabinete, y allí, con la mirada fija en la puerta y las manos extendidas y agitadas con un movimiento más metódico que nervioso, pronunció algunas palabras en voz baja.

Al volverse la princesa le vió en aquella actitud.

— ¡Qué hacéis ahí, caballero? dijo.

— Señora, dijo el conde, suplico á Lorenza Feliciani que venga aquí en persona á confirmarnos con sus palabras y su plena voluntad, que yo no soy un impostor ni un falsario, y esto sin perjuicio de todas las demás pruebas que exija V. A.

— ¡Caballero!

— Lorenza Feliciani, gritó el conde dominándolo todo, hasta la voluntad de la princesa; Lorenza Feliciani, ¡salid de ese gabinete, y venid aquí, venid!

Pero la puerta permaneció cerrada.

— ¡Venid, yo lo mando! repitió el conde.

Entonces rechinó la llave en la cerradura, y la princesa vió con indecible espanto entrar á la joven, cuyos ojos estaban fijos en el conde, sin ninguna expresión de cólera ni de odio.

— ¡Qué hacéis, hija mía, qué hacéis, exclamó madama Luisa, y por qué queréis volver al poder de un hombre de quien habíais huído? ¿No os dije que estabais aquí segura?

— También lo está en mi casa, señora, respondió el conde, y volviéndose hacia la joven añadió:

— ¡No es verdad, Lorenza, que estáis segura en mi casa?

— Sí, respondió la joven.

La princesa, en el colmo de la admiración, juntó sus manos y se dejó caer en su sillón.

— Ahora, Lorenza, dijo el conde con voz dulce, pero en la cual se dejaba conocer sin embargo el acento del mando, ahora sabed que se me acusa de haberos violentado. Decid, ¿os he violentado en alguna cosa?

— Jamás, respondió la joven con voz clara y precisa, y sin acompañar esta negativa con ningún movimiento.

— Entonces, exclamó la princesa, ¿qué significa toda esa historia de raptó que me habéis contado?

Lorenza permaneció muda; miraba al conde como si la vida, y la palabra que es su expresión, debieran venirle de él.

— ¡Sin duda S. A. desea saber cómo habéis salido

del convento, Lorenza? Contad todo lo que ha pasado desde el momento en que os desmayasteis en el coro hasta el en que os despertasteis en la silla de posta.

Lorenza permaneció silenciosa.

— Contad lo que ha pasado con todos sus detalles, continuó el conde, sin omitir nada. Yo lo mando.

Lorenza no pudo contener un estremecimiento.

— No recuerdo, dijo.

— Coordinad vuestras ideas y os acordaréis.

— ¡ Ah ! sí, sí, en efecto, dijo Lorenza con el mismo acento monótono, me acuerdo.

— Hablad.

— Cuando me desmayé, en el mismo momento en que las tijeras tocaban mis cabellos, me llevaron á mi celda y me acostaron en mi cama. Hasta la noche permaneció mi madre á mi lado, y como yo permanecía sin conocimiento, enviaron á buscar al cirujano del pueblo, el cual me tomó el pulso, puso un espejo delante de mis labios, y viendo que mis arterias estaban sin latido y mi boca sin aliento, declaró que estaba muerta.

— ¿ Pero cómo sabéis todo eso ? preguntó la princesa.

— S. A. desea conocer cómo sabéis todo eso, repitió el conde.

— ¡ Cosa extraña ! dijo Lorenza : veía y oía ; solamente no podía abrir los ojos, hablar ni moverme ; estaba como en un letargo.

— En efecto, dijo la princesa. Tronchín me ha hablado muchas veces de personas aletargadas y que habían sido enterradas vivas.

— Continúa, Lorenza.

— Mi madre se desesperaba y no quería creer en mi muerte, manifestando que quería pasar todavía á mi lado aquella noche y el siguiente día.

Lo hizo según lo había dicho ; pero las 36 horas durante las cuales me había velado, trascurrieron sin que yo hiciera un movimiento, ni lanzase un suspiro.

Tres veces había venido el sacerdote, y en cada una de ellas dijo á mi madre que era rebelarse contra Dios querer retener mi cuerpo sobre la tierra, cuando ya tenía mi alma, pues no dudaba que habiendo muerto con todas las condiciones de salvación y á tiempo de ir á pronunciar las palabras que sellaban mi eterna alianza con el Señor, no dudaba, decía, que mi alma habría ascendido directamente al cielo.

Mi madre insistió tanto, que consiguió que la dejaran velarme durante toda la noche del lunes al martes.

En la mañana de este último día continuaba yo en el mismo estado de insensibilidad.

Mi madre se retiró vencida. Las religiosas gritaban : ¡ sacrilegio ! Los cirios estaban encendidos en la capilla, donde, según la costumbre, debían exponerme un día y una noche.

Luego que salió mi madre, entraron en mi celda las hermanas que habían de amortajarme ; como yo no había pronunciado mis votos, me pusieron un vestido blanco, ciñeron mi frente con una guirnalda de rosas blancas, cruzaron mi brazos sobre mi pecho : en seguida pidieron el ataúd.

Trajeron el féretro... un frío agudísimo corrió por todo mi cuerpo, porque, os lo repito, al través de mis párpados cerrados lo veía todo como si hubiese tenido abiertos los ojos.

Me cogieron y depositaron en el ataúd.

En seguida, descubierto el rostro como es costumbre entre nosotras las italianas, me bajaron á la capilla y me colocaron en medio del coro con cirios encendidos

al rededor de mi féretro y á mis pies una pila de agua bendita.

Durante todo el día no cesaron de entrar en la capilla los vecinos de Subiaco, oraron por mí y echaron agua bendita sobre mi cuerpo.

Vino la noche. Cesaron las visitas; cerraron por dentro las puertas de la capilla, menos la puertecita, y la hermana enfermera permaneció sola á mi lado.

Un horrible pensamiento me agitaba durante mi sueño; y era que al día siguiente debía verificarse el entierro, y conocía que me iban á enterrar viva, si algún poder desconocido no venía á socorrerme.

Oía unas tras otras todas las horas; dieron las nueve, después las diez, luego las once.

Cada golpe resonaba en mi corazón, porque oía el doble con que las campanas anunciaban mi propia muerte.

Dios solo sabe los esfuerzos que hice para vencer aquel sueño helado y para romper aquellos lazos de hierro que me sujetaban al ataúd; pero él lo vió, puesto que se compadeció de mí.

Dieron las doce de la noche.

A la primera campanada me pareció que todo mi cuerpo era sacudido por un movimiento convulsivo, semejante al que acostumbraba sentir cuando Acharat se acercaba á mí; luego experimenté una sensación violenta en el corazón; en seguida le ví aparecer en la puerta de la capilla.

— ¿Fué espanto lo que experimentasteis entonces? preguntó el conde de Fénix.

— No, no; fué felicidad, alegría, éxtasis, porque comprendí que venía á arrancarme de aquella muerte desesperada que tanto temía. Marchó lentamente hacia mi féretro, me miró un instante con una sonrisa llena de tristeza, y después me dijo:

— Levántate y marcha.

Los lazos que sujetaban mi cuerpo se rompieron al punto; al oír aquella voz poderosa, me levanté y puse un pie fuera del ataúd.

— ¿Quieres vivir? me preguntó.

— ¡Oh! sí, respondí.

— Entonces sígueme.

La enfermera, habituada al fúnebre oficio que desempeñaba al lado de mi féretro, después de haberlo ejercido al lado de tantas otras hermanas, dormía en su silla. Pasé por delante de ella sin despertarla, y seguí al que por segunda vez me libraba de la muerte.

Llegamos al patio. Volví á ver ese cielo tachonado de estrellas brillantes que yo no esperaba ver. Sentí ese fresco de la noche que los muertos no sienten, pero que tan dulce es á los vivos.

— Ahora, me preguntó, antes de dejar este convento, escoged entre Dios y yo. ¿Queréis ser religiosa? ¿Queréis seguirme?

— Quiero seguiros, contesté.

— Entonces venid, dijo por segunda vez.

Llegamos á la puerta del torno; estaba cerrada.

— ¿Dónde están las llaves? me preguntó.

— En los bolsillos de la hermana tornera.

— ¿Y dónde están esos bolsillos?

— Sobre una silla, al lado de su cama.

— Entrad en su aposento sin ruido, tomad las llaves, escoged la de la puerta y traédmela.

Obedecí. La puerta del aposento no estaba cerrada por dentro. Entré. Fui derecha á la silla. Registré los bolsillos, encontré las llaves, y en el manajo hallé la del torno y la traje.

Cinco minutos después estábamos en la calle.

Entonces me apoyé en su brazo, y corrimos hacia

la salida de Subiaco. Á cien pasos de la última casa nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro, y partió al galope.

— ¿Y se os hizo alguna violencia, se os dirigió alguna amenaza? ¿Seguisteis á ese hombre involuntariamente?

Lorenza permaneció muda.

— S. A. R. os pregunta, Lorenza, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ó violencia.

— No.

— ¿Y por qué le seguisteis?

— Decid, ¿por qué me habéis seguido?

— Porque os amaba, dijo Lorenza.

El conde de Fénix se volvió hacia la princesa con una sonrisa de triunfo.

IV

Su Eminencia el Cardenal de Rohán

Lo que pasaba á la vista de la princesa, era tan extraordinario, que no podía menos de preguntarse á sí misma, si el hombre que tenía delante no era verdaderamente un mago que disponía de los corazones y de los espíritus á su voluntad.

Pero el conde de Fénix quiso llevar más adelante su asombro.

— No es esto todo, señora, dijo: V. A. no ha oído de los labios de Lorenza más que una parte de nuestra historia, y podría abrigar todavía alguna duda, si de su boca misma no oyese el resto.

Entonces, volviéndose hacia la joven, dijo:

— ¿Os acordáis, querida Lorenza, del resto de nuestro viaje? ¿Os acordáis de que hemos visitado juntos á Milán, el lago Mayor, el Oberland, el Righi y el Rhin magnífico, que es el Tiber del Norte?

— Sí, dijo la joven con su mismo acento monótono, sí; Lorenza ha visto todo eso.

— Arrastrada por este hombre, ¿no es verdad, hija mía? ¿cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no acertabais á daros cuenta? preguntó la princesa.

— ¿Por qué habéis de creer eso, señora, cuando todo lo que V. A. acaba de oír le prueba lo contrario? Además, si queréis una prueba más palpable, un tes-